

en fin, nose extienden mas allá del día presente y cuando al acabar la semana me confieso; paréceme que renazco y vuelvo á nueva vida y empiezo otra vez renovada á servir á mi Dios con gran fervor; y de esta manera siempre alegre y feliz, paso la vida sin pena alguna y envuelta en suave paz.

La Virgen.—Bien, hija mía, bien. ¿Ves cuál es el fruto de la vida devota? ¡Oh si lo entendieran las gentes del mundo y cuántos sacrificios hicieran por confesar y comulgar á menudo y cómo correrían ansiosos de gozar tanta dicha!

Alma.—Si lo entendieran y gustaran, Madre amada, el mundo sería la antecámara del cielo y por la gracia, convertido en paraíso de deleites espirituales.

La Virgen.—Ve por el mundo, pues, y predica esa doctrina y atrae los corazones al yugo santo de Dios.

Alma.—Sí, lo haré, Madre querida, dadme vuestro permiso y bendición.

La Virgen.—Tómala en el nombre del Señor.

LECCION DECIMA.

En que la Santísima Virgen enseña al alma, el camino de fe, en que el alma debe vivir.

Alma.—Gracias á Dios que beso vuestras plantas, Madre mía.

La Virgen.—Gracias al bondadoso Dios, hija querida; llegué á pensar que no gustabas de volver á ver mi cara.

Alma.—Reñidme, Madre mía, reñidme que tenéis mucha razón ¡oh cuánto he padecido! Y cuánta violencia hubo que hacer al corazón inquieto.....

La Virgen.—¿Qué es eso que te pasa?.....

Alma.—Yo no lo sé, Señora, mi corazón padece y goza á un mismo tiempo, no sé explicarme, os tengo por mi Madre, os amo tiernamente, sé que sois bondadosa y sin embargo tiemblo en vuestra presencia y hasta llegar aquí he padecido tormentos indecibles.

La Virgen.—Pero, ¿por qué?

Alma.—Pensaba que me habíais de reñir, que me teníais justamente aborrecida, que mis muchos pecados me hacían merecedora del infierno y.....

La Virgen.—Pero, hija mía, ¿no conoces que es tentación?

Alma.—Ahora lo veo, y por eso gozando tiemblo al mismo tiempo de la pasada lucha: ¡Ay Madre mía!

La Virgen.—Vamos, hagamos paces y cuéntame tus penas; ya temo que el demonio urdió su tela para engañarte.

Alma.—Sí, sí, hagamos paces; ¡es tan dulce vivir al lado vuestro! ¡Oh! ¿quién podrá temer? ya han desaparecido ante vuestra bondad todas mis penas, ya mis temores cual sombras vanas se han disipado, ¡qué buena sois!

La Virgen.—Sigue, hija mía, gústame mucho esa gran confianza.

Alma.—Yo me ausenté de Vos y pronto, pronto, puse en las obras mano y sus lecciones fueron mi norte; desvelada dormía, y despertaba temprano; ¿puede, Madre querida, descansada dormir quien mucho ama? Y levantaba mi espíritu al Señor, dábale gracias y hacía exámen y pedía perdón de mis pecados; vestíame con modestia y puesta en la presencia del Señor invocaba vuestro dulce nombre y los santos ángeles acudían presuro-

sos á ayudarme para hacer mi oración. ¿Quién sois Vos y quién soy yo? preguntaba al Señor, Vos el Dios Todopoderoso, el amante esposo mío, el que quiso venir á este mundo en carne, y yo, criatura vil, polvo desconocido, tierra manchada de culpas é indigna de misericordia.. Y veíame entonces, Madre mía, tan profundamente humillada que mi único consuelo era llorar mis pecados y quedar bañada en lágrimas. Y otras veces, volviendo mis ojos veía el Calvario, y entre dolorosos y profundos suspiros exclamada: ¡Tu majestad, Señor, tan abatida y tu delicadeza mi bien tan maltratada! ¡hay mi Señor! Que si el ser de Dios tuviera para saciar tu corazón, lo entregaría; ¿Tú por mi amor señor tanta bajeza y yo por alcanzar la rica perla de tu divino Espíritu ni una migaja? ¡Oh mi bien y mi Redentor y lo que te cuestó y lo mal con que te pago. Y postrada junto al Señor, recibía su sangre en mi alma, como deseando guardarla en ella; y suplicábale encarecidamente me hiciera pura y digna de ser relicario de tan inestimable joya. Y muchas veces

quedaba herida de amor sin más discurso ¡ay Madre mía! ¡y qué dulzura tan sin acibar y qué consuelo tan sin medida! los días y las noches volando andaban cual si no fueran! pero ¡ay! ¡ay! pasó.....y como un sueño hermoso cruza la mente loca, ligeramente pasa por mí su dulcísima memoria; ni concebir siquiera puedo que sea yo la misma que entonces era.

La Virgen.—Pobrecita, ¿conque todo desapareció?

Alma.—Cosa fuera de no acabar si contara el número y extensión de mis felicidades, como son ahora indecibles mis congojas. Ya todo se acabó, yo *soy nada, nada, nada*... Estoy turbada, me he vuelto tímida, vivo desconsolada; cuanto me deleitaba me seco; ni atención ni discurso; ni me mueve, ni me enternece ni me enamora cosa alguna; las penitencias me ponen miedo, el recogimiento horror, las horas son siglos; ya veis que no exagero al decir que soy *nada, nada, nada*. ¡Válgame Dios cuál estoy! ¿dónde se ha ido mi devoción? ¿Qué se han hecho mis propósitos? Yo tengo por cierto que

si Dios no hace un milagro en mí, yo he de verme en camino del infierno. Haced cuenta ¡oh Madre mía! que corría á todo correr un caballo, generoso y lozano, y sin saber cómo se metió en una sala donde repentinamente le cerraron las ventanas y quedó totalmente á obscuras, así estoy yo; porque corría por el camino de la virtud ayudada de las fuerzas de la consolación, y de pronto sin acertar á saber por qué, me encuentro sumida en la obscuridad de la mente y la dureza del corazón.

La Virgen.—Pobrecita, cuánta lastima me causa tu penar; mucho te importa atender á mis razones si quieres salir del laberinto en que te veo. ¿Me quieres mucha, hija mía?

Alma.—¡Oh Madre!

La Virgen.—Tus lágrimas me lo están diciendo todo, ten confianza y oye-me: todos aquellos afectos que tuviste y en cuya posesión también te hallabas, aunque buenos, pues eran dones de Dios, son semejantes al caramelito que al niño da su madre para animarlo á la obediencia y enamorarle del traba-

jo; mas cuando la madre logró su fin, quita al niño los dulces, para que obre ya como hombre y para evitar que estas golosinas ensucien su estómago é impidan digerir sólidos alimentos. Así Dios, hija mía, te regaló llamándote para enseñarte á no huir, y hoy te arrebató esas dulzuras y consolaciones para en enseñarte á vivir en fe que es la verdadera vida del cristiano en este mundo, y para curarte de ciertas imperfecciones en el uso de esos regalos.

Alma.—¡Oh Madre mía!

La Virgen.—Ya comprendo, hija mía, es un desengaño para tí; mas es preciso que lo sufras. ¿Qué pensabas? cuando con tanta dulzura se desprendían de tus ojos ardientes lágrimas, cuando deseabas lo áspero, cuando gustabas de lo amargo, ¿imaginabas ya haber llegado á lo más alto de la virtud? Entra dentro de tí, y quizá observarás que en aquellos ejercicios y penalidades buscabas tu interés, pues todo ello era muy conforme á tu querer; quizá, quizá, teníaste por mejor que aquellos que no reciben semejan-

tes consuelos, alimentábase de la satisfacción que el alma siente de verse favorecida; y todo esto en buen romance, ¿sabes, cómo se llama? *Soberbia espiritual*; el deseo de más consolación *Gula*; el ansia de ser tenida por mejor *Vanagloria*; y el sentimiento de no ser tenida por buena *Envidia*. Sí, hija, mía, estas imperfecciones y defectos, son los que pretende Dios curar en tí haciendo que reuencies á todo para encontrar á Dios.

Alma.—¡Ay, Madre querida! Yo confieso que es verdad; todo eso hay en mí, y había llegado á pensar que Dios tenía me destinada para grandes cosas, cuando así á los principios me regalaba, ó que yo había hecho en realidad grandes sacrificios del corazón, cuando tan agrado estaba el Señor de mí. ¡Oh vanidad! Oh soberbia ¡pobre de mí en qué laberinto me he metido!

La Virgen.—No tengas miedo, hija querida, saldrás de ese laberinto cuando te hallares tan renunciada y conforme que estés contenta en vivir sin consuelo como hallarte con él;

cuando te empeñes en vivir, no según los sentimientos, sino según las máximas de la fe; cuando al determinarte á obrar no consultes si te gusta lo que vas á hacer, sino si es del agrado de Dios; este es el camino derecho, alto y seguro de la fe, la fe hija mía, que es una luz que alumbrando el alma oscurece los sentidos; la fe es un don de Dios y cuanto más á ciegas se da el conocimiento, más claramente se va alumbrando el alma. Este es el camino que un día ofrecí enseñarte y gustosa te acompaño por él, si me sigues obediente.

Alma.—¡Oh Madre mía! ¿puedo encontrar Mentor más entendido ó poderosa mano que me guíe mejor en mi camino, que la Madre del Salvador? Habla, Señora, que vuestra sierva escucha.

La Virgen.—Oyeme pues, atenta: aquellas palabras que me dijiste yo soy *nada, nada, nada*; esas son la verdad; si no lo sientes así, aun no te conoces, ni conoces quién es Dios; pide con fervor este conocimiento del cual depende el que vivas en la verdad.

Aquellas otras que dijiste: *Si Dios no me tiene de su mano yo hé de verme en camino del infierno*, es otra verdad de fe que si no la tienes siempre delante no darás paso derecho. Lo del caballo á quien le cerraron las ventanas es tu remedio; pues quedándote á oscuras de tus dircursos, dejándote llevar de tu Esposo, seguirás sus pasos, y como son pasos del Espíritu, mira bien que no los puede entender quien los quiera andar con sus piés, ni puede errar quien cerrados los ojos y demás sentidos se echa en brazos de Dios fiándose de él.

Este es el camino del cielo.

Si quieres andar por él, pondera las palabras que has dicho: que tú eres nada, nada, nada, y lo puedes todo en Dios.

Y la Virgen desapareció y quedó el alma enamorada y divinamente instruida en el servicio de Dios.

CATECISMO PRACTICO
DEL ESCAPULARIO

DE

NUESTRA SEÑORA

DEL CARMEN,

FORMADO

con

DECISIONES AUTÉNTICAS Y AUTORIZADAS.

por Gabino Chávez, Pbro.



IRAPUATO: 1888.
Imprenta de Vicente Cervantes,
frente al Jardín, núm. 3.